

La Esfera

21 Abril 1917

Año IV.—Núm. 173

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE MI HIJA, cuadro de Luís Huidobro



DE LA VIDA QUE PASA LUSITANISMO



Un portugués grotesco, falso y convencional, que sale á hacer las delicias de los espectadores en la obra de Fernández de la Puente y del maestro Vives, me ha inspirado las dolientes meditaciones que acá estampo. No pienso que vayan del todo acordes con el sentir de la mayoría de los españoles; pero hay una cosa en que yo me siento lo menos español posible: en la concepción del portugués, del alma portuguesa, de los sentimientos portugueses.

La concepción que una gran parte de los españoles tiene de Portugal es la de un país de ópera bufa visto á través de las chirigotas que Taboada dedicaba anualmente, con renovada monotonía, á los habitantes de Espinno y de Figueira da Foz... Lo curioso del caso es que Taboada era de Vigo, y á mí me resulta tan impío, tan inhumano, tan sórdido, que un hijo de Vigo se mofe de Portugal, como si un habitante de Nancy ó de Metz se burlara de «la dulce Francia»...

He tratado de sondear muchas veces el alma de no pocos españoles inteligentes, cultos, patriotas, para que me expusieran su concepto, su visión de Portugal y no he podido descubrir sino un abismo de bellaquería y de mala fe... La ignorancia iba en ellos paralela á la mala fe; la ruindad de ánimo corría parejas con el desconocimiento absoluto del país vecino. Se conocen de Portugal las ridículas exageraciones: *as feras do catre, o terror dos mares, el não tembres terra*, el cuento del portugués que pidió alojamiento en el mesón andaluz largando sus veinte apellidos, el otro cuento del portugués que pedía auxilio dentro del pozo perdonando de antemano la vida á su salvador, etc., etc., un cúmulo de ineptias plebeyas y de burdas mentiras...

Justo es decir que por allá nos corresponden en la misma moneda y que *nous sommes payés de retour*, como dirían en Francia.

Y ya que yo, español, tengo la nobleza de confesar nuestros errores y nuestras miserias con respecto á Portugal, bien será que algún lusitano de ánimo esforzado reconozca, con la visera en alto, las injusticias que con España ha cometido el país vecino.

El hecho es que ninguna nación en Europa debiera interesarnos tanto como Portugal, y de ninguna debiéramos recibir tan saludables enseñanzas.

Si hay nación en Europa que debiera preocuparnos para todo conato de política internacional, Portugal había de ser.

La actual guerra está poniendo al descubierto las diferencias latentes en el ánimo de los españoles con respecto al modo de apreciar la política de su país en el extranjero. Aunque haya mucho de mala fe, de ardor de proselitismo, de chispas de la hoguera de las guerras civiles, en algunos germanófilos y en no pocos aliadófilos españoles, también hay en otros buena intención, piadoso deseo de corregir errores consagrados de política internacional.

Pues bien; cuando unos hablan de corregir nuestra política frente á Inglaterra, otros tratan de restaurarla en pro de Francia, la mayoría se declara partidaria de desviarla en favor de los Imperios centrales (isoberbia aberración y escasa visión internacional!); algunos han clamoreado la necesidad de orientarnos hacia las repúblicas de América y buscarnos allí



La Avenida de la Libertad, de Lisboa

A los lectores de "La Esfera"

Está el público español perfectamente informado sobre la influencia que ha ejercido la guerra en la producción de papel y en la industria periodística. Las discusiones á que dió lugar la solución buscada por los periódicos diarios hicieron llegar á conocimiento de todos los lectores los datos y las cifras que constituyen este problema. Así, repetirlos sería ocioso.

La Sociedad «Prensa Gráfica» ha sido, sin duda, una de las Empresas editoriales á las que ha causado daño mayor esta perturbación económica producida por la guerra. Al encarecimiento del papel se ha unido, en cuantía inconcebible, el encarecimiento de las tintas, de las placas fotográficas, del zinc y de los productos químicos, de que se consumen grandes cantidades en nuestros talleres.

Las nuevas dificultades internacionales que surgen parecen alejar una vez más el término de la contienda. La disminución de navegación, acrecida ahora por el bloqueo submarino y por la entrada en la guerra de naciones americanas, se traduce en España por nuevos encarecimientos del papel y de las tintas, que anulan nuestros cálculos é invalidan nuestros esfuerzos.

Así, para LA ESFERA se nos plantea un problema apremiante, á cuya conclusión no podremos llegar sino con el concurso de nuestros lectores. Con verdadero sacrificio—no ya con renunciar á toda utilidad, sino con pérdidas—hemos mantenido hasta aquí el precio de cincuenta céntimos—cuarenta en realidad, puesto que los corresponsales y vendedores reciben á este precio LA ESFERA, franca, además, de portes y franqueos—. Pero, ahora, con los nuevos encarecimientos de todas las primeras materias, nos es forzoso elegir en este dilema: ó reducir cuantiosamente los gastos ó aumentar el precio transitoriamente, mientras perduran las causas que nos llevan forzosamente á una de estas soluciones. Pero reducir los gastos en una revista como LA ESFERA, es quitarle toda su belleza. Una disminución del peso del papel ó un regateo en su calidad; la utilización de tintas malas; la disminución del número de páginas; la falta de su cuantiosa colaboración literaria y artística, supondría deshacer la labor de arte y de cultura realizada durante cuatro años con un constante estímulo del público español y americano.

Pedimos, pues, á nuestros lectores que nos consientan aumentar en DIEZ CÉNTIMOS el precio de LA ESFERA, mientras persiste el actual encarecimiento del papel y de las tintas. No representan estos diez céntimos la totalidad de la suma que en el conjunto de la tirada de LA ESFERA representan aquellos aumentos, pero este concurso de nuestros lectores nos permitirá resistir esta dura prueba á que se ve sometida la Prensa española.

Así, desde el primer número de Mayo costará LA ESFERA

60 CÉNTIMOS

el billete de favor que Europa nos niega en su vasto coliseo hoy ensangrentado por una dolorosa lucha circense, de fieras humanas entre sí...; pocos, poquísimos son los que han pensado en dirigir nuestra atención hacia el país que fué nuestro hermano menor hasta el siglo XII y que en esa época comenzó á sentir razonables comezones de emancipación é independencia.

No obstante, algunas voces aisladas se han oído más puras y más claras en esta encerrada discordancia de aliadófilia y germanofilia. ¿Han pensado los frenéticos, los delirantes de uno y otro bando, que Portugal podría ser el punto de enlace de la intransigencia *anglófoba*—más que de germanofilia, de anglofobia puede hablarse en España—y de la exaltación *latinófila*? Quizá el lusitanismo puede ser el punto de intersección de ambos bandos al final de esta guerra.

Así lo ha entendido recientemente el cultísimo escritor D. León Martín Granizo, que, en una brillante conferencia dada en el Ateneo de Madrid, ha estimulado á los españoles á unirse en el conocimiento y amor á Portugal. En la misma dirección espiritual parece orientarse la encuesta promovida por *El Imparcial* y á la cual van ya contribuyendo ilustres publicistas, aunque se echen de menos opiniones de quienes han laborado modestamente con su pluma por la causa lusitana, como el mismo Sr. Martín y Granizo y como el que estas líneas firma, que no es novicio en la defensa de un iberismo sensato y bien encaminado.

Parece que también allá por Portugal el iberismo se va abriendo camino. Ya el consolador, el conmovedor, el emocionante adjetivo «peninsular» flota en muchas plumas y suena en muchos labios.

Recientemente, en un bello libro del vizconde de Villa-Moura titulado *Grandes de Portugal*—conjunto de semblanzas breves, densas, esquemáticas, al modo de *Mis imposibilidades*, de Nietzsche, ó de los *Quarente medalhões de l'Academie française* de Barbey d'Aureville, pero sin su sentido negativo—, cuando habla del gran escultor Soares dos Reis, el autor pronuncia la emocionante frase: «Amargura peninsular»...

Este adjetivo, bien entendido y muy preñado de hondos afectos, podría ser un lazo de unión.

En la revista *Agnia*, órgano del renacimiento literario portugués que hasta hace poco dirigía el notable literato Texeira de Pascoais, el tremendo adjetivo reviene con la insistencia obsesiva de un ritornelo...

No basta esto, naturalmente; pero puede ello ser indicio de mayor acercamiento de portugueses á españoles. Porque antes de iniciar alianzas y orientaciones políticas, antes de poner remate á la obra de «la más grande Iberia» que nuestros hijos han de ver, antes de entablar conocimiento por la vía diplomática, hemos de aprender á querernos y admirarnos mutuamente, á sentirnos hermanos de raza y, unidos por un arte gemelo, tenemos que desinfectar el ambiente de la ruína burla y del sarcasmo plebeyo, de la chanzoneta y del chascarrillo tabernario, de la sórdida chirigota sobre el país vecino.

Yo considero un bellaco á quien se mofe de Portugal; tan bellaco como el que vilipendia á un hermano suyo porque, al llegar á la mayor edad, se emancipó de la tutela paterna...

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

LOS ALIADOS EN EL CAMERÓN



Un camino de Duala, capital del Camerón, colonia que fué alemana.—Desfile de una sección de tiradores de policía indígena, mandada por oficiales de los ejércitos aliados, que expulsaron á los alemanes de aquella colonia

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



UNA MADRILEÑA, cuadro de Luis Huidobro

HOMENAJE A CAMPÚA



Nuestro querido compañero Campúa, rodeado del Subsecretario y del Director General de Instrucción Pública y de algunos de los comensales al banquete que le ofrecieron sus amigos en el Palace Hotel con motivo de haberle concedido S. M. el Rey la Cruz de Alfonso XII

FOT. SALAZAR

José Campúa ha recibido ya el homenaje que se debía a su mérito. Primero sus compañeros, cuantos a su lado trabajamos en esta Casa, y después sus amigos y admiradores, con la alta representación del Gobierno, todos le hemos hecho la justicia de nuestro elogio y de nuestro afecto, congregándonos en derredor suyo a la hora de recibir él un premio honroso a su vida de luchador y de artista. Labios elocuentes enaltecieron ya su labor con el aplauso unánime de quienes escuchaban. Yo me adhería a la razón del homenaje con mi silencio, excusándome en mi falta de dotes oratorias. En verdad que nunca he lamentado tan de veras esta carencia de palabras, porque, llegada la hora, quizá nadie más que yo pudiera decir muchas cosas interesantes y curiosas y hasta pintorescas de las andanzas artísticas de este gran luchador del periodismo gráfico moderno.

Sabe Campúa qué profundas raíces tiene la sinceridad de mi compañerismo y mi cariño hacia él. No se convive en vano durante muchos años con las mismas aspiraciones y con idénticas inquietudes. Mas no por eso han de faltarle unas líneas más que le recuerden siempre los actuales momentos de satisfacción personal y de íntima emoción. El sabrá conceder a estas cuartillas el valor del sentimiento, superior sin duda a los valores de la expresión y la elocuencia.

Las diversas publicaciones de «Prensa Gráfica» contienen la admirable labor de entusiasmo y constancia de Campúa, convertida al través del tiempo en una obra de arte. Ella hablará constantemente de afanes hondamente sentidos y de esperanzas realizadas felizmente. Ella también revelará siempre la personalidad de este artista que ha reflejado en las revistas gráficas cuatro lustros de la vida oficial, política, sentimental, trágica y pintoresca de España. LA ESFERA y Mundo Gráfico guardan en sus páginas muestras de su actividad; pero su principal labor, su mayor esfuerzo, sus más grandes aciertos están en las veteranas hojas del *Nuevo Mundo*. A la redacción de *Nuevo Mundo* llegó Campúa cuando más podía estimarse su colaboración y cuando su nombre no había sido aún agitado por los aires de la popularidad. También cuando todos nos esforzábamos por engrandecer y difundir la amada revista. Era entonces cuando el periodismo español luchaba por descubrir horizontes aún no logrados y cuando se quería

ganar el favor de las multitudes, ahítas de curiosidad. Había que vencer resistencias, que destruir costumbres, que «romper moldes».

Campúa rompió lo que podía ser roto y venció cuanto se oponía a su paso y merecía ser vencido. Al *Nuevo Mundo* vino la ostentosa existencia de los palacios y llegaron los incidentes de la calle, desde los más sonados y tumultuosos hasta los más humildes y callados. Ya pudo ser conocida por las gentes, como nunca lo fuera, la vida de los grandes, de los elegidos, de los insignes, de los infelices y de los modestos. Ya tenían una exacta reproducción los accidentes de la vida española, las sen-

saciones de la política, el espectáculo de la torería, la vistosidad de los escenarios, las emociones de lo cómico, de lo pintoresco y de lo trágico. La curiosidad pública podía satisfacerse a su placer; las revistas ensanchaban su campo de acción y el nombre de Campúa lograba al mismo tiempo, en la noble profesión de periodista gráfico, una popularidad por nadie superada todavía. Como muestra ejemplar de sus éxitos puede recordarse un acontecimiento luctuoso en la historia de España: la muerte de la malograda Princesa de Asturias, aquella dama que dejó de su paso por el mundo un recuerdo que tiene tanto de augusta nobleza como de austera santidad.

En *Mundo Gráfico* primero, y en LA ESFERA después, también puso Campúa cuanto pudo, y nuestros lectores recordarán muchas informaciones de actualidad y muchas páginas artísticas que tienen la belleza característica y el sello inconfundible de las obras de nuestro compañero.

Ninguna recompensa hubiera satisfecho tanto a Campúa como la Cruz de Alfonso XII. Desde sus años juveniles sintió acendradamente la fe monárquica, mejor puede decirse, el fervor dinástico. Es tradicional en él su adhesión a la Casa Real española, y su especial respeto y su ferviente lealtad al nombre y a la figura de Don Alfonso XIII. Durante muchos años ha seguido a nuestro Monarca en sus expediciones por todas las provincias españolas, y en numerosas ocasiones ha logrado sorprender interesantes momentos de la vida particular del augusto señor. El Rey, por su parte, ha tenido delicadas atenciones y altas mercedes para Campúa y éste ha sabido agradecerlas arraigando en su corazón los sentimientos, ya viejos, de incondicional adhesión al trono. Por todo esto, ninguna presea podía envanecerle más legítimamente que la Cruz que lleva el nombre del inolvidable Soberano español malogrado en el palacete de El Pardo.

Para mí, compañero inseparable de Campúa durante largos años, y testigo de sus luchas, de sus afanes y de sus triunfos, los días de hoy, que son para él tranquilos y apacibles, son motivo de una alegría que sólo comprenderán los que sepan la fuerza con que atan las voluntades de los hombres los lazos de la fraternidad.



JOSE L. CAMPÚA

FRANCISCO VERDUGO

HISTORIA DE UNA VIDA

Hijo del alma:
para vivir sobre la tierra en calma,
atiende este consejo,
útil y sabio, que te dice un viejo:

No creas en amor,
porque en amores
se seca el alma en flor,
como se secan á la llama del sol las tiernas flores.

Hijo de mi ilusión: ¡Si tú supieras!...
¡Si tú, aún tan niño, comprender pudieras
todo el áspero horror de mi destino,
y aquella del camino
noche sin luz, tan inclemente y muda,
que recorrí con mi tristeza á solas,
que atravesé con mi espantosa duda,
sin que una aurora de arrebol llegase
y mi rumbo guiase,
llena de amor, por las desiertas olas!

Hijo de mi ilusión: ¡Si tú supieras!...
¡Si tú, aún tan niño, comprender pudieras!...

Yo vivía feliz; desde la cuna
me halagó la fortuna.
Mis padres, siempre buenos,
cubrieron mi niñez de azules galas,
y nunca en los serenos
cielos de luz de mi inocente vida
sacudió la temida
sombra del mal sus pavorosas alas.

La clara Primavera
conducía en su carro mi Quimera.

Pero un día el dolor—¡quién no ha encontrado
por su senda al dolor, y lo ha llorado!—
con pasos espectrales,
pasos que hacían, al crujir, la helada
sensación de una planta descarnada,
se me entró por la paz de mis umbrales,
y un día, al despertar, me hallé desnudo,
huérfano y solo, del paterno escudo.

¡Cómo lloré, Dios mío,
mi grave desventura!
¡Cómo se fueron hacia el mar sombrío
de la negra amargura
mis lágrimas, sin voz, hechas un río!

Mas como todo, por ventura, pasa,
también, al fin, pasó la pena mía,
y el ave negra del dolor, un día,
con otro rumbo abandonó mi casa.

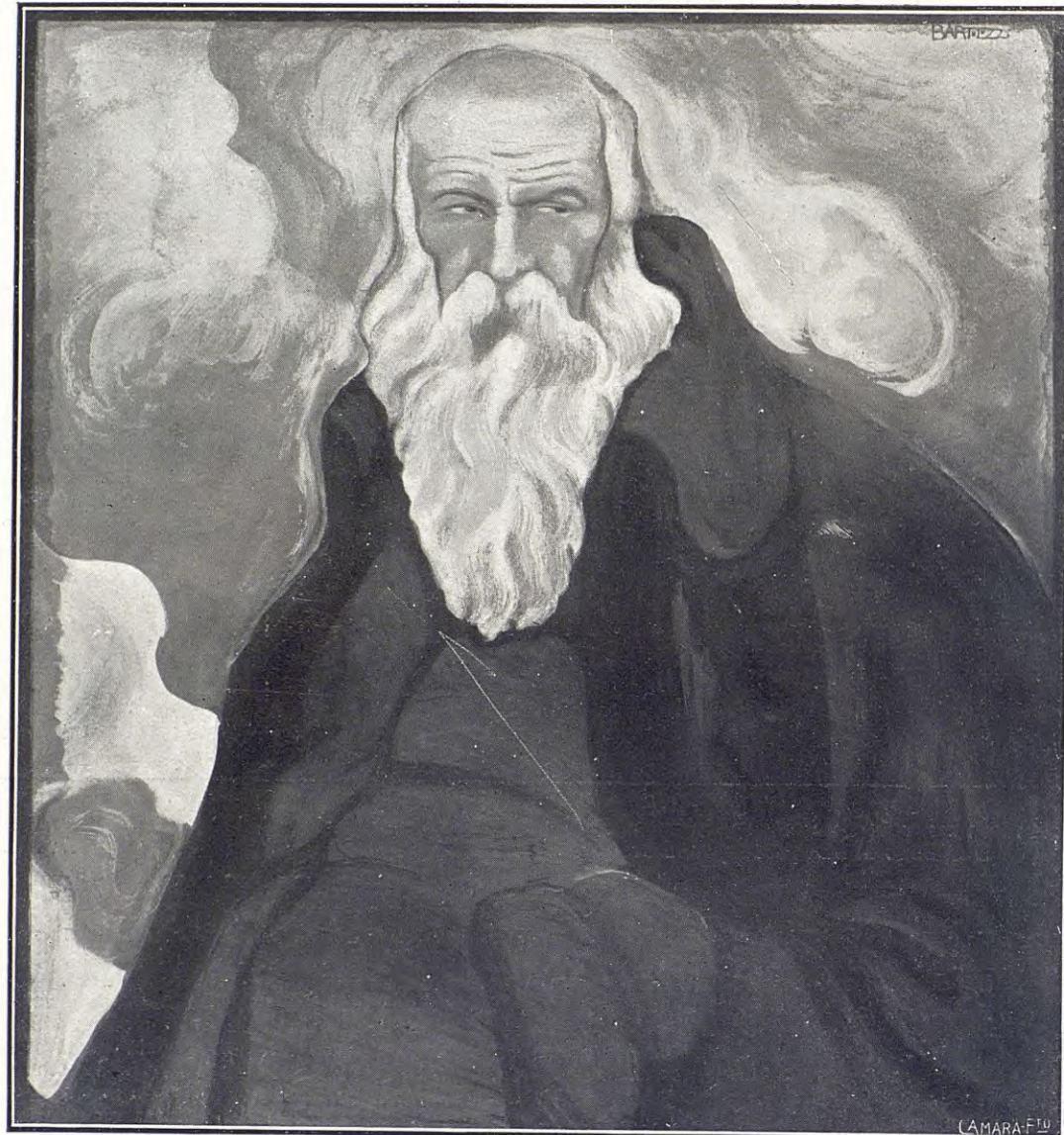
Vencida la inquietud, y hecho ya un hombre,
y esperando alcanzar para mi nombre
la llama de la gloria,
dejé mis patrios lares,
y, nauta en la ilusoria
nave de mi ideal, hacia otras tierras
llevé mis pasos y crucé otros mares.

Y aquí llega ¡ay, de mí! la triste historia
que relatarte quiero,
antes que apague de mi fiel memoria
la débil luz mi suspirar postrero.

¡Oh, rojo amor de cegadora llama!
por verme al yugo de tu carro uncido,
dí, en un momento, al insondable olvido
todos mis sueños de ambición y fama.

Todo lo dí por la mujer aquella
que en su divina palidez tenía
la blancura sin mancha de una estrella,
claro, en sus ojos, al ardiente día,
y en su boca de púrpura escarlata
todas las mieles del amor que mata.

Y ella me amó. Y agradecida, en pago
de mi amoroso halago,



concibió en sus entrañas el tesoro,
para mí inapreciable más que el oro,
y aun más querido que mi propia vida;
de tu carne en un triunfo florecida.

Tu madre y tú, bajo mi hogar unidos,
sentisteis los latidos
de mi amoroso corazón sincero.
Tanto os amé, que en mi ilusión creía
que á la luz de mi hogar se reducía
toda la luz del universo entero;
que yo era el sol, de vuestros pasos guía,
y, en pos de mi fortuna,
blanca, tu madre, la encantada luna,
y tú, tan puro, el matinal lucero.

La clara Primavera
conducía en su carro mi Quimera.

Pero un día el dolor—¡quién no ha encontrado
por su senda al dolor, y lo ha llorado!—
con pasos espectrales,
pasos que hacían, al crujir, la helada
sensación de una planta descarnada,
se me entró por la paz de mis umbrales,
y un día, al despertar, sobre la fría
aridez de su lecho abandonado,
una carta encontré, que me decía:
«Ya sé que soy culpable;
ya sé la suerte que á mi senda fijo;
ya sé que madre que abandona á un hijo
lleva de Dios un sino inexorable.
Lo sé, lo sé; pero el amor no aguanta
ley ni razón en su voluble giro,
que, á veces, en amor sobre un suspiro,

rojo, un Etna de fuego se levanta.
Si, cobarde á mi fe, te he abandonado,
no me culpes á mí, culpale al hado
que así gobierna nuestra carne impía;
he luchado hasta el fin, mas no he podido
vencer la idolatría
que despertaba, al halagar mi oído,
de otro amor, en mi pecho, la armonía.»

Pasé un instante sin sentir la vida,
y sufriendo el dolor de la honda herida
que abrió en mi corazón tanta vileza,
de un golpe, sobre el pecho sacudida,
quedó como en un tajo mi cabeza.

Y así lloré, hijo mío,
mi grave desventura.
Y así se fueron hacia el mar sombrío
de la negra amargura
mis lágrimas, sin voz, hechas un río.

Y creyendo ¡ay, de mí! que todo pasa,
pues ya otra vez abandonó mi casa
el ave negra del dolor, un día
y otro día he venido suspirando
por dar mi pena al insondable olvido,
pero á pesar del tiempo que he vivido
luchando terco en mi tenaz porfía,
no llega el bien que suspirando espero,
porque ahora, viejo, al escribir la historia
que guardo fiel en mi infeliz memoria,
tiembla mi mano y de dolor me muero.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE BARTOLOZZI

MÚSICOS ESPAÑOLES



AMADEO VIVES

Ilustre compositor, autor de la partitura de "El tesoro", que ha obtenido un éxito clamoroso en el Teatro de la Zarzuela

FOT. CAMPÚA

El maestro Vives ha triunfado ruidosamente, una vez más, con la partitura de *El tesoro*, zarzuela que se estrenó el Sábado de Gloria. El insigne autor de *El húsar de la guardia* se ha apartado por entero de las corrientes que llevan a la mayoría de los compositores españoles hacia la música austriaca, y realiza decididamente una labor de españolismo. Esta es la característica más saliente de *El tesoro*, en cuya partitura hay mucho que aplaudir. Ya en *Maruxa* se manifestó el maestro Vives inspirado mantenedor de la música española, señalando una tendencia que la crítica y el público de todas las provincias recibieron con agrado,

casi con alborozo. Ahora, aquella manifestación española se acentúa briosamente y culmina en la partitura de *El tesoro* con varios números ricos de ritmo y de cadencia, armonizados con una amplitud, que produjo, en la noche del estreno, verdadero entusiasmo. Nosotros, que nos contamos en el número de los admiradores del ilustre maestro Vives, celebramos esta decidida orientación de su talento, porque ella hace esperar muchos días de triunfo para la música netamente española. El ingenio del autor de *La balada de la luz*, cada vez más lozano, puede señalar en España el renacimiento de un arte musical, sin mezclas de extranjerismo

CANCIONERO DE LOS IARDINES

La espada del cadete

La espada de ese cadete dicen que la tengo yo;
en el puño de oro fino lleva una empresa de amor.

Rendida empresa de amor,
como ninguna galana.
«Sólo me vence el rigor
de una niña toledana.»
Tiene dulzuras muy hondas
la alada canción del coro,
vierte el sol sobre las frondas
una lágrima de oro.
Y una adolescente pasa,
absorta en mundos lejanos,
toda encendida en la brasa
de sus ojos toledanos.

La espada de ese cadete dicen que la tengo yo;
la tiene mi amiga Laura clavada en el corazón.



El corazón de esa niña dicen que lo tengo yo,
cuando por sus ojos negros lloro en prisiones de amor.

¡Feliz corazón que penas
en amantes lacerías,
libre de dulces cadenas,
tus cadenas llorarías!
¡Bella leyenda dorada,
que cuenta que en lid reñida
se ha visto brillar tu espada
junto á una reja florida!
Tu empresa de áureo poder
bien rima en el Romancero,
¡los ojos de una mujer
y la gloria del acero!

El corazón de esa niña dicen que lo tengo yo,
cuando es ella la que tiene cautivo mi corazón.



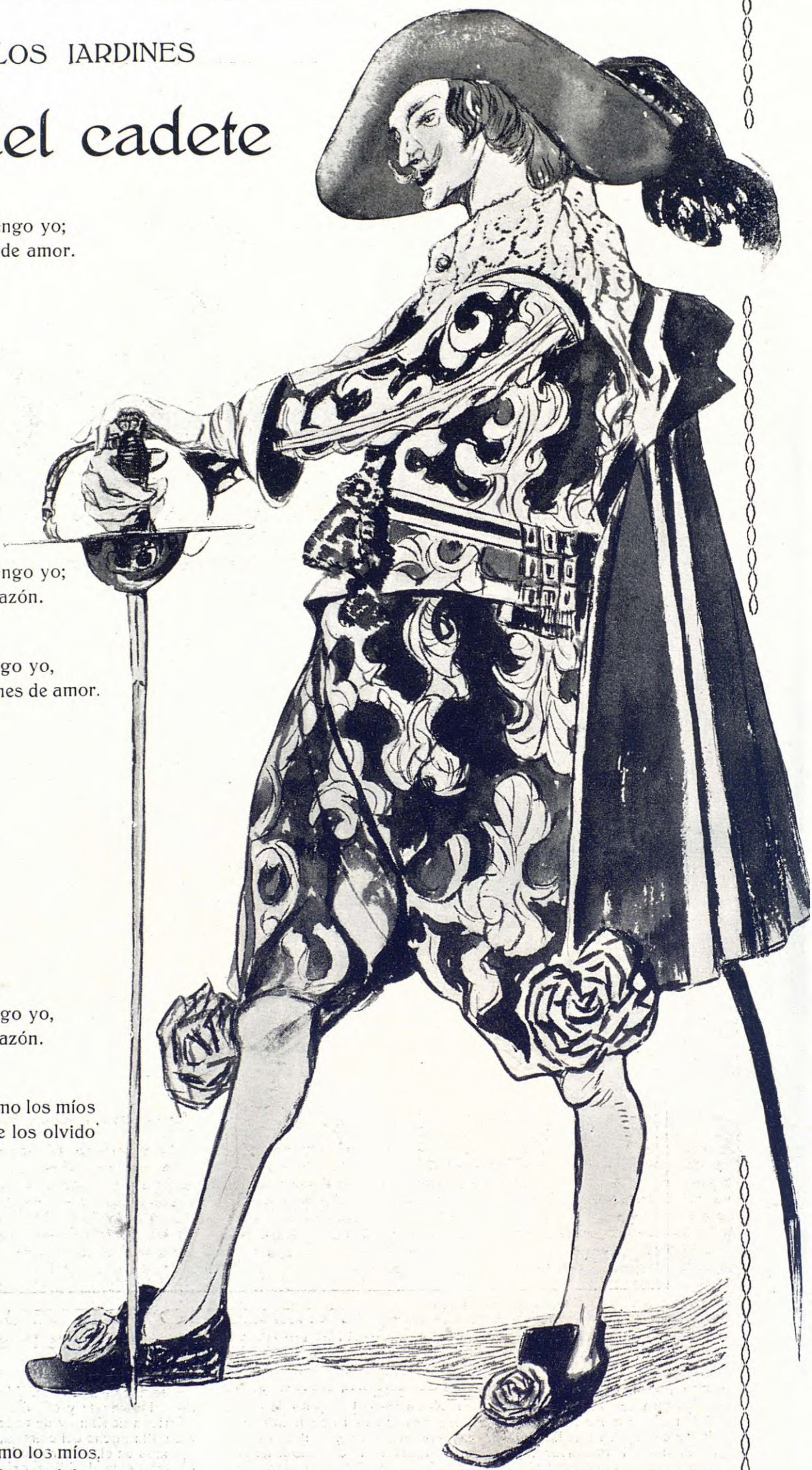
Ojos profundos y negros, tan tristes como los míos
aunque nunca nos veamos, no pienses que los olvido

La ingénua musa infantil
tiene hondas melancolías.
¡Se va el amor juvenil
con donosas bazarías!
¡Dolor del adiós! Estela
de un desvanecido encanto,
ojos en que se consetela
un corazón hecho llanto.
Y al Tajo que en su rumor
dice la empresa galana:
«Nada vencerá al amor
de mi niña toledana.»

Ojos profundos y negros, tan tristes como los míos,
no pierdas las esperanzas, que yo no las he perdido.

E. CARRERE

DIBUJO DE MARÍN



POR LOS CAMINOS DEL MUNDO TORRES DE MEIRAS

LEGUÉ á las Torres en una mañana de la última década de Septiembre. El otoño desabrido del Norte azotaba ya las puertas del Castillo con cordonazos de viento; pero brillaba todavía en el cielo el sol claro de los días largos.

De lejos columbré el Pazo. Corona un altozano, tiene á sus pies verdes praderas y por fondo la fresca ramazón de un castaño. Las piedras de Meiras son de granito, al que las lluvias han tornado de un color negruzco, á trozos verdín y amarillento.

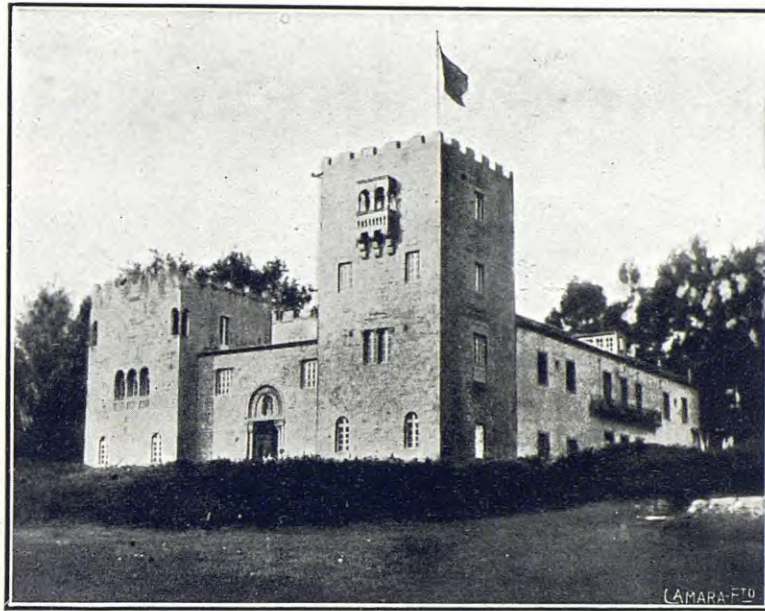
Media hora antes de llegar á sus puertas, se le divisa ya campero y señor, con sus torres románicas desiguales, su mole imponente, su estandarte rojo que flamea. Hemos visto desde la Coruña muchas casas de recreo, cual moderna y llamativa, estotra vieja y descalabrada, aquella exótica. En mi deseo de que Meiras fuese la residencia hidalga que yo imaginé, pedí á Dios mentalmente que el automóvil no se detuviera ante aquellas casas de gusto dudoso, que aquellos edificios no fueran Meiras. Felizmente, el vehículo pasaba de largo. Al torcer un recodo del camino dimos vista al palacio. Mis inquietudes se apagaron. La noble casona que se dibujaba sobre un fondo jugoso de arboleda, era la morada de la Condesa de Pardo Bazán. ¡Es un hermoso castillo!

El coche se detiene ante el portón románico de la entrada. El silencio más absoluto me rodea. Transcurre un rato. Chirrean goznes, suena una campana, un criado anciano, el mayordomo, me da la bienvenida y franquea la puerta.

Estoy en un inmenso zaguán, unido por enorme arco á una especie de patio cubierto, cuyo centro ocupa la escalera de honor.

El mueblaje de aquella estancia es español, á la moda del siglo XVII, lo cual quiere decir que predominan los damascos rojos, las mesas bargeñas, los sillones fraileros, la loza de Talavera y Alcora, los retratos de familia al estilo de Carreño, Velázquez y Coello. El aire general de esta hermosa habitación es reposado y feudal.

La luz entra tamizada por vidrieras cenitales y á través de cristalerías de colores, emplomadas. Se



Castillo de la Condesa de Pardo Bazán, en Meiras

experimenta la sensación de una Catedral. Sobre las mesas hay ramos de flores.

La escalera muy ancha se abre en dos brazos que conducen á la galería. Es de piedra esculpida y carácter románico. La balaustrada se inspira en motivos marinos y montañoses. Tiene un sentido alegórico, como todo el palacio, en el cual las alusiones mitológicas y literarias andan enredadas á la piedra.

El despacho de la escritora eximia, que luce reposteros con las armas de Pardo Bazán, tiene mueblaje gótico, cuyas tapicerías reproducen retratos de escritores célebres. Comunica con el salón de fiestas, de gusto italiano, tal como se ven en las villas fastuosas que rodean el Lago de Como y los alrededores de Treviso.

Más allá está el enorme comedor (todo en el Castillo tiene proporciones grandiosas) decorado con antiguos tapices flamencos. Tanto en esta sala como en la de fiestas llaman la atención del visitante las chimeneas, labradas en granito del país. Su estilo es románico, y los relieves tienen por tema asuntos galaicos.

El estudio de doña Emilia Pardo Bazán está situado en lo más alto de la torre de Levante, cara á un paisaje espléndido, cuyo primer térmi-

no son las camelias y rosales del parque; después se aleja entre pumarras y maizales y tiene un fondo impreciso de marismas azules que se duermen bajo las nubes rastreadas del cielo otoñal. El día de nuestra visita había ya en la Naturaleza un escalofrío invernal. Sobre el Pazo se cernían miles de gaviotas precursoras del mal tiempo. Sus gritos tenían no sé qué de melancólico y solemne en la majestuosa soledad de aquellos parajes.

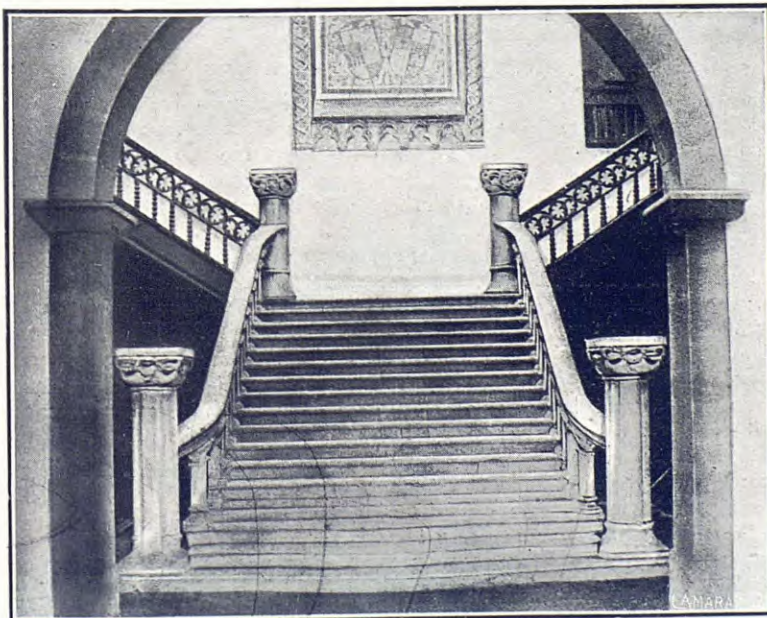
A través del balcón volado, cuyos balaustres ostentan los atributos de las nueve musas, contemplaba yo el panorama de Galicia, que llena cada día las retinas de la escritora admirable. Allí está esa naturaleza bella y sabrosa, rica y viviente, que trasciende en la obra inmortal. Un sentimiento hondo, de vago panteísmo, subía del valle. Doña Emilia, junto á mí, hablaba de literatura y de arte. Y su palabra se fundía en mi imaginación con la voz del paisaje, como dos hermanos.

En Meiras veía yo reflejarse como en un espejo la personalidad artística de la Condesa de Pardo Bazán. Cada piedra, cada símbolo, cada detalle es una proyección espiritual de la gran escritora.

Tanto la Condesa de Pardo Bazán como su tía la Srta. de la Rúa, y sus hijas la Srta. de Quiroga y la Sra. de Cavalcanti, reciben á los viajeros con una generosa hospitalidad muy española, que es, á la par, muy gallega.

El que estuvo en las Torres de Meiras lleva la sensación de haber pasado por una residencia centenaria, tan vieja por lo menos como las iglesias románicas de las cercanías, que recuerdan al obispo Gelmírez, y, sin embargo, Meiras es moderno, reciente. La Condesa de Pardo Bazán, que supo pintar en los *Pazos de Ulloa* y en la *Quimera* los paisajes circundantes de la aldea, quiso enriquecerlos con una creación muy suya y construyó las Torres de Meiras. Son una obra más de Doña Emilia, digna compañera de *La Madre Naturaleza*, de *Insolación*, de *Morriña* y de tantos otros libros famosos.

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTIN



Escalera principal del castillo



La Condesa de Pardo Bazán, en su despacho

CUENTOS ESPAÑOLES
UNA TAZA DE TÉ



Usted no quiere té, barón?—dijo la marquesa, ofreciéndole una taza.

El aludido se excusó torpemente: la teína, el pícaro alcaloide del chinesco brebaje, le excitaba los nervios de un modo terrible. Pero luego, á solas en el fumadero, me refirió la verdadera historia de su odio á la aristocrática infusión.

—No he tomado té desde hace dos años; ¡no volveré á tomarlo nunca! La última taza que bebí me costó unas veinte mil pesetas..., y lo que es más triste, la pérdida de muy caras ilusiones...

—¿Más caras todavía?—exclamé jugando del vocablo.

—¡Oh! El dinero es lo de menos. Ya sabes que siempre fui un romántico incorregible. A los quince años, la lectura de *Werther* me aficionó á la idea del suicidio; gracias á que la Carlota que me cupo en suerte no era, ni con mucho, un amor imposible; de otro modo... Pero dejemos esto, demasiado lejano, y aproximémonos al instante actual.

—El instante actual es demasiado próximo;

acabas de decir que fué hace dos años cuando...

—A esa época he de referirme; desde entonces, apenas si el viejo Cronos ha movido para mí sus sandalias. Los que vivimos obsesionados por una idea fija, perdemos la noción del tiempo.

—Veo con terror que no te has curado del ataque de romanticismo. *Werther* sigue haciendo de las suyas en tu meollo.

—Si lo echas á broma, me callaré.

—Te prometo formalidad: soy un cenotafo.

—Pues verás... Por la época á que me refiero no habías regresado aún de América; esto me obliga á decirte algo que de haber permanecido en Madrid no hubieras ignorado, de seguro; la amistad que nos une te habría elegido como confidente. Me refiero á un *flirt*, si te agrada el vocablo inglés; mi *amitié amoureuse*, si prefieres la frase francesa; en suma, mi entusiasmo, mi locura, mi obsesión, por cierta dama, suma y compendio de perfecciones físicas y encantos espirituales. Me permitirás que reserve su nombre...

—Es inútil; acabo de saludarla, no hace una hora, en el Retiro.

—¡Cómo!

—Pero, querido, si aquéllo fué el secreto á voces... Ya ves tú, lo sabíamos, no ya hasta en Belchite, sino hasta en Rosario de Santa Fé, que dista unos cuantos kilómetros de la Villa del Oso y del Madroño... Reconozcamos, sin discusión, que no tuviste mal gusto. Belleza un tanto crepuscular; pero, innegablemente, se trata de un ocaso espléndido.

—Todo eso me importaba muy poco. Ya te digo que poco de romántico... Lo interesante para mí era su espíritu, su alma de luz, gemela de la mía... No bien cruzamos la palabra un par de veces, surgió potente, avasalladora, la afinidad electiva que parecía unirnos. Una ceguera, un vértigo, se apoderó de mí. No pensé más que en ella, no viví más que para ella. Asistía á las reuniones con la sola idea de encontrarla; á los paseos para verla; á los teatros para recrearme en su contemplación, en pleno éxtasis, como ante un ícono...

—La frase te ha salido redonda. Eso del ícono, sobre todo, conmueve.

—Pronto este platonismo absoluto nos pareció insuficiente. Las pocas palabras cambiadas en las reuniones, más que de satisfacción, servíannos de incentivo. Un día, entre las mil banalidades de la frívola charla, se habló de Arte. Ella mostró su predilección por la pintura, sus entusiasmos por la Escuela veneciana, y dentro de ésta, por Tiépolo, el más aristocrático de los renacentistas, cuya elegancia supera la del mismo Tintoretto, de quien puede decirse continuador. Todo esto lo decía ella maravillosamente, con su charla sugestiva y jovial, inimitable. «¡Oh, Tiépolo! Es el suyo un extraño arte, á la vez mundano y de-

saltárseme del pecho. Estaba ella, que me saludó sin sorprenderse, como esperándome. Días y días volvimos á encontrarnos allí. ¡Oh, charlas adorables las que sosteníamos en aquel ambiente propicio á toda elevación del pensamiento!

—Un idilio con todas las de la ley.

—Dices bien: un idilio, hartamente inocente, por cierto. De nuestra dulce inconsciencia nos sacó el majadero de Paquito Blanco, que debió averiguar lo que ocurría y se nos presentó una mañana, con el pretexto de estudiar al Tintoretto. ¡Lo que entenderá de tales achaques el insigne mamarracho! Excuso decirte que tuvimos que

instalación. Todo era allí puro, inmaculado. ¡Con qué ansiedad aguardé la primera entrevista! Habíamos convenido reunirnos á tomar el té un jueves, al caer la tarde. La noche anterior no pude conciliar el sueño. Poco después de medio día me instalé en el balcón; ¡cuán lentamente transcurrieron las horas hasta que la vi llegar, alegre como un pájaro en primavera! Elogió mi buen gusto, charlamos de frivolidades, y bebimos una taza de té. ¡La primera y la última!

—¡Cómo!

—Quedamos en reunirnos con frecuencia, todas las tardes, á ser posible. Pero no volvió. En



voto, que parece hecho á la medida de la época presente. Con frecuencia, en momentos de tedio y desesperanza, voy al Museo del Prado á recrearme en la contemplación de mi artista predilecto. Está en un rincón solitario y amable, que convida á la meditación, lejos de las primeras salas, donde el númer bullicioso de Velázquez y Goya habla á la carne más que al espíritu... Y al decir esto me miraba... ¡me miraba de un modo!... Inútil creo decirte que desde aquel instante fuí asiduo concurrente á nuestra incomparable pinacota. Durante varios días paseé impasible por las salas pletóricas de maravillas, entre los caballetes de los copistas, codeándome con burgueses provincianos é inglesotes de los de Boedeker en ristra. La sala recóndita de los venecianos estaba casi siempre desieta: el vigilante, á quien obsequié con cigarros, llegó á saludarme como de la casa. Hasta que un día, al penetrar en el santuario de mis ilusiones, el corazón quiso

abandonar el plácido retiro. Ella lo sintió mucho: yo... ¡imagínate! El vigilante de la sala nos despidió entristecido: ¡tanto como agradecía el pobre mis águilas imperiales! Tuvimos que buscar otro refugio. ¿Cuál mejor que el campo? Las umbrías de la Moncloa fueron con nosotros. Pero llegó la época de las lluvias, uno de esos temporales larguísimos.

—El idilio se agotó.

—Yo maduraba un plan que no me atrevía á comunicarle á ella por miedo á herir sus sentimientos. Pero la idea de tener un rincón que albergase nuestro afecto inmaterial, era tan vehemente, que al fin hablé, y, venciendo su resistencia, obtuve el beneplácito. Loco de júbilo, alhajé el nido, procurando que fuese digno estuche de tan rica joya. Más de cuatro mil duros invertí en el ornato de las dos únicas habitaciones necesarias: un gabinete y un tocadorcito. Porque excuso decirte que el más etéreo ideal presidió la

vano la esperé días y días, presa de la más cruel inquietud. Quise tener con ella una explicación, y supo rehuir todas las ocasiones. ¿Qué misterio envuelve su extraña conducta? No me remuerde la conciencia por haber faltado á los deberes de la corrección. Yo te juro que en aquella memorable entrevista, única que celebramos en recinto cerrado, la respeté hasta con el pensamiento. Mi amor estaba por encima de la materia. Ya sabes que siempre he sido un romántico.

—Mira, querido, ¿me permites que te hable con franqueza?

—Claro que sí.

—Pues sólo se me ocurre decirte que no eres un romántico, precisamente...

—¿Qué soy, entonces?

—¡Un primo!

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

DIBUJOS DE ESPÍ

DE NORTE A SUR

Money Talks.

Ha llegado el período de los empréstitos. Acomete á las naciones la misma febril impaciencia que á los individuos cuando la ruína habla con sus palabras seductoras y perversas de sirena. Se derrochan las fortunas propias, se consumen las propias energías, se agotan los recursos obtenidos con la venta de objetos adquiridos en las épocas de bienestar, y llega, por último, el instante en que es preciso tender la mano abierta en un ademán de súplica...

Nuevamente, como en los días pretéritos del reclutamiento y del *Derby system*, y no solamente en Londres, sino en todo el Reino Unido, en Liverpool, Newcastle, Portsmouth, Manchester, Birmingham, el vértigo propagandista invadió los muros de los edificios, los monumentos, los vehículos, los escaparates de las tiendas, las pantallas de los cinematógrafos, los periódicos, hasta el cielo mismo con los nocturnos letreros luminosos para el *War loan*, que también se ha llamado *Victory loan*.

Toda una semana se ha concedido de plazo para excitar al pueblo británico, tan frío y calculador. Durante la *War Loan Week*, el dinero ha tenido al servicio de su elocuencia, las elocuencias de oradores sagrados, políticos, financieros, académicos y teatrales. Incluso se buscó la voz de las mujeres, presididas por la propia *Lady Mayores*.

El resultado ha sido espléndido. A muchos millones de libras esterlinas alcanza la cantidad recaudada. Pero lo que hace más conmovedoramente triste este resultado es que no sólo ha salido ese dinero de las fuertes entidades bancarias, ni de los palacios nobiliarios ó de los poderosos rentistas. Esto no tiene importancia, y en el fondo responde á un egoísmo y á una avaricia de agiotistas.

La verdadera generosidad es la de los empleados de instituciones industriales á quienes se facilitó fondos á cuenta de sus sueldos para que los invirtieran en el empréstito; de los oficiales con quienes el Ministerio de la Guerra realizó la misma operación; los periodistas, los actores, los obreros, á quienes las empresas respectivas también adelantan sumas que luego habrán de mermar sus sueldos durante mucho tiempo.

¡Bah! ¿Qué importa? Se piensa sólo en la victoria, en los retornos triunfales, en lo que promete ese cartel donde una mano acerca á una vela encendida el apagador que habrá de extinguir para siempre su luz. En la vela se lee: *Prussian militarism*, y en el apagador: *War loan*.

¡Circulen, señores!

Carteles, folletos y proclamas también propagandistas invadían hace poco las calles y los co-

mercios de Nueva York. Más de quinientos mil libros, más de sesenta mil carteles, llevaba repartidas la Policía neoyorkina para regularizar la circulación y evitar de este modo los cotidianos accidentes en las vías públicas.

Esta propaganda tal vez sirva de ejemplo á nuestro alcalde y se decida á explicarnos por idénticos medios las razones que ha tenido para dejar en libertad á los automóviles para que nos atropellen y de obligarnos á bajar y á subir al revés en los tranvías, con grave peligro de rompernos la cabeza contra las barandillas de los evacuatorios y las barras de las paralelas en la Puerta del Sol.

Casi todos los folletos y carteles yanquis referentes al problema de la circulación responden al humanitario deseo de descongestionar las ca-



Policía neoyorkino mostrando uno de los innumerables carteles que se han publicado en Nueva York para normalizar la circulación en las calles de la Capital de los Estados Unidos



— at 12 o'clock to-day
STOP
and ask yourself this question
Have I helped the War Loan?

HAVE you done everything in your power to make the Victory War Loan an overwhelming success? If you have, your conscience is clear.

If you have not done everything in your power do so now at the Post Office, Bank, or through your Stockbroker. There is still time.

**YOUR COUNTRYMEN ARE GIVING THEIR LIVES
YOU ARE ONLY ASKED TO LEND YOUR MONEY**

To-morrow is the Last Day to invest in

THE WAR LOAN

Cartel anunciador del "Empréstito de la Victoria", en Londres

lles, evitar los atropellos y disminuir las cifras que por estas causas aumentan diariamente las estadísticas de mortalidad.

Sin embargo, esta propaganda ya es un poco inútil.

Los Estados Unidos van á la guerra, y mucho más que esos millares de libros, folletos y carteles con que la policía neoyorkina velaba por las vidas de los transeúntes, contribuirá á descon-

gestionar las calles y á evitar accidentes en la vía pública el gesto gallardo del señor Wilson frente á las exigencias injustificadas de Alemania. Por de pronto, los miles de súbditos germánicos que vivían en Nueva York tendrán que abandonar la ciudad. La abandonarán también los yanquis fuertes y útiles para las bélicas luchas; la abandonarán los turistas, los desocupados, para quienes la curiosidad se eriza de futuros peligros.

Y entonces, en las calles de Nueva York, se podrá circular libremente.

Lo malo es que ya en guerra casi todas las

naciones europeas y casi todas las Repúblicas americanas, será España el refugio de los expulsados y de los fugitivos.

Y entonces será llegado el momento de que nuestro alcalde—además de explicarnos por qué los automóviles y los coches merecen más respeto que los peatones y por qué tenemos la obligación de bajar y subir absurdamente á y de los tranvías—mande traducir al español las publicaciones y el texto de los carteles yanquis.

Los violines de la muerte.

Un soldado que está en el sector de Soissons fabrica violines de cobre con los restos de los proyectiles del glorioso 75 francés.

En las pausas inquietas y tristes de los combates, estremeciendo el aire, súbitamente ensordecido después del vuelo sonoro de las balas, estos violines esparcirán extraña y melancólica música.

Inútil será pedir á los estremecimientos de las cuerdas las cadencias lánguidas de los vales galantes ó los pizzicatos saltarines evocadores de aldeaniegas bodas. Estos violines tendrán un áspero rechinar dentro de sus bronceas oquedades.

Parecerán estos violines evocar las macabras danzas medioevales y que á su son lúgubre acudieran, como en los grabados de Holbein, el monarca con sus armines, la doncella con su florida virginidad, el labriego con sus manos encallecidas por la esteva, el poeta enfermo de luna y de misterio, el guerrero de la férrea armadura donde el corazón redobla sus latidos como palillos de un tambor bélico...

Son los violines de la muerte. Nadie podrá tocarles sin que el alma se enfríe como en las invocaciones ultraterrenas.

Y pasados muchos meses, años quizás, después de la guerra, serán en las manos de trágico visionario el sésamo que abra las puertas cerradas sobre los sangrientos espectáculos de otro tiempo.



Soldado francés en el sector de Soissons, que fabrica violines con los proyectiles del cañón de 75

JOSÉ FRANCES

ESPAÑA MONUMENTAL



Detalle de las admirables esculturas del pórtico de la Catedral de León

FOT. SOL

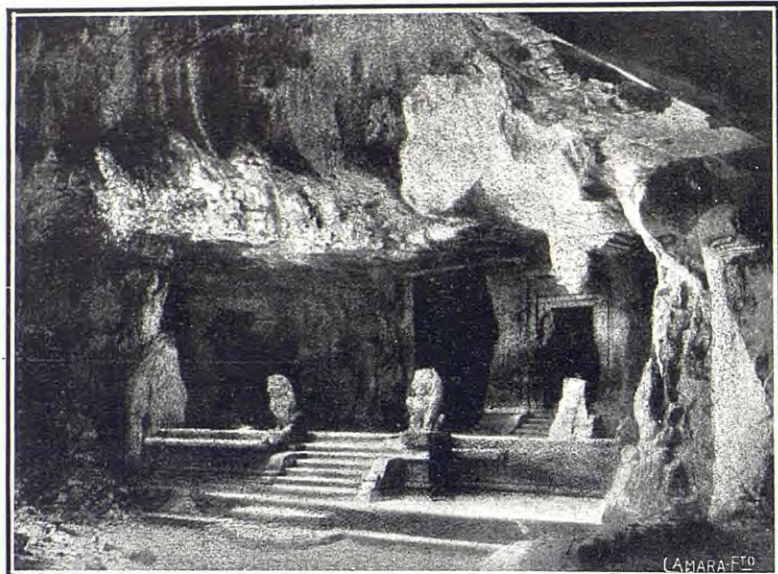


UN HOSPITAL DE SANGRE INSTALADO BAJO TIERRA EN EL FRENTE FRANCÉS, CERCA DE VERDUN

Dibujo de S. Ugo

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

EL TEMPLO DE LA ISLA ELEFANTA



Uno de los pórticos laterales de la gruta



Grandioso busto de la Trimurti

VEO tan lejos la visita que me propongo referir, que no sé si me será dable coordinar á derechas mis recuerdos. Porque aunque es la memoria de los viejos una especie de archivo viviente en el que se custodian multitud de reminiscencias, casi siempre curiosas y con frecuencia interesantes, es lo cierto que suelen resultar tan borrosas é indeterminadas, y ser tan obscura y espesa la pátina que las encubre, que uno mismo llega á dudar de su verídica exactitud y no sabe, á la postre, discernir si representan imágenes reales que perduran á despecho de los años, ó si son meros afectos de un espejismo cerebral, tan inconsistente y engañoso como cualquier otro espejismo.

Pero sea de ello lo que quiera, y una vez hecha, á guisa de disculpa, la anterior salvedad por si incurro en algún yerro, he aquí la sucinta descripción de uno de los monumentos que más excitaban mi admiración de niño—allá cuando lo era—, y que hoy la excitan aun más, por aquello de que siempre juzga mejor la edad madura.

Corrían los últimos días del primer mes del año 1870.

La venerable fragata *Berenguela*, de cuya dotación formaba parte quien esto escribe, lucía los hermosos colores de la bandera patria en aguas de Bombay.

Después de marcar con su paso, en los días de Pascua del año anterior, la inauguración real y definitiva del portentoso Canal de Suez, obra la más noble y atrevida del Siglo de las Luces, subió las costas del Indostán, sin otro objeto que hacer un acto de presencia, suficiente á revivir en aquellos mares concurridos y en aquellos opulentos territorios, la memoria, ya casi olvidada, de la que fué

un día poderosa España. Ciento cincuenta fragatas de altura y un proporcionado número de vapores de diverso tonelaje, entre los cuales descollaba el famosísimo *Great Eastern*, encontró la *Berenguela* fondeados en Bombay, y en aquel revuelto bosque de mástil y vergas, que lucían á millares los pabellones de dos mundos, ni siquiera una vez, por casualidad, tuvo la fortuna de tropezar la bandera que en su popa tremolaba.

No creo que sean menester mayores pruebas para convencer de la oportunidad del viaje en que me ocupo, y el cual, aunque parezca raro, no ha tenido, que yo sepa, feliz repetición.

Con sol espléndido, cielo despejado, mar rizada, venticillo calmoso y temperatura primaveral, acababa de amanecer el 27 de Enero, cuando se detuvo, tanto avante con la medianía de nuestro costado de estribor, un pequeño y elegantísimo yate de vapor que ostentaba la insignia del go-

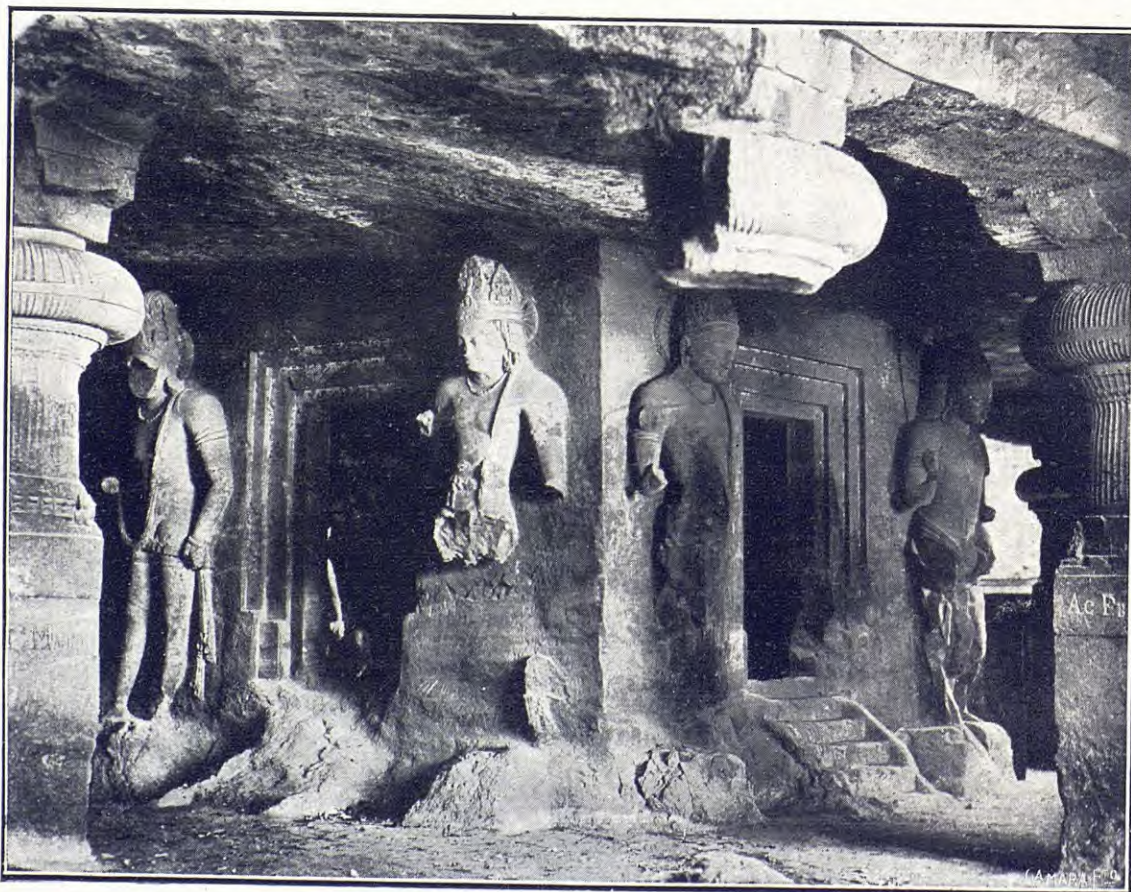
bernador general del distrito de Bombay, alta personalidad que, para solemnizar nuestra llegada, y haciendo honor á su ilustre representación, quiso tener la gentil galantería de invitarnos á visitar el *Templo de la isla Elefanta*, poniendo para ello á nuestro servicio el primoroso bajel que acababa de llegar, y en el cual debían hacernos los honores dos caballeros—no sé si militares ó paisanos—que apenas hicieron más que saludar nuestra presencia, sin ánimo de emular, ni mucho menos, la fina cortesanía del personaje á quien representaban.

Numerosa comisión de oficiales y guardias marinas acudimos á disfrutar de la galante invitación, y una vez instalados cómodamente en el precioso yate, que, por no ser pesado, no quiero describir, levamos y nos dirigimos á la pintoresca isla *Gharaperi*, distante como siete millas de nuestro fondeadero.

Llegar y desembarcar fué todo uno. Tal y tan grande era nuestro afán de contemplar de cerca el misterioso y originalísimo monumento cuya fama es y será siempre justamente universal.

Al frente de una amplia explanada vecina al mar, y en la que se admiraba, hasta hace poco, una roca esculpida en forma de elefante, que dió nombre europeo á la isla y que aún diz que se conserva en el *Victoria Garden* de la capital, se ostenta una gran portada constituida por cuatro pilares que dejan entre sí tres pasos ó entradas á la gruta abierta en la montaña bajo un imponente matorral silvestre que se extiende exuberante y en todas direcciones.

Estas tres aberturas son las únicas que prestan luz al interior de la caverna. Consta el gigantesco monumento monolítico, de



Cámara ó capilla del Lingam y sus guardianes



Interior del templo.—Al fondo, á la derecha, el altar de la Trimurti y sus custodios

una gran cámara ó sala principal, de casi cuarenta metros cuadrados, cuyas paredes están literalmente cubiertas de bajorrelieves representando personajes y escenas varias de la religión de Brahma; y en los dos flancos ó muros laterales, se perciben, en la sombra, sendas bocas ó cavidades que dan paso á otras tantas galerías dirigidas al exterior, y que van á terminar en pórticos menos importantes, pero en extremo parecidos al que queda mencionado y que constituye la entrada principal.

Diez y seis sencillas pilastras y veintiséis columnas de un orden verdaderamente original y con orden é igualdad simétricamente distribuidas, sostienen ó, á lo menos, simulan sostener, el techo plano del templo todo, el cual no es, en realidad, otra cosa que la cara inferior del cuerpo inmenso de la mismísima montaña. La estructura de tales columnas es típica y singular, y aunque tosca con exceso, no carece de elegancia y esbeltez. Compónense estos robustos pilares, perfectamente apropiados al papel á que debieran responder, de un pedestal de corte cuadrangular, sobre el que se levanta un fuste casi cilíndrico y estriado, de la misma altura que la basa, y que se afina un tanto hacia su extremo superior, ensanchándose, después, para servir de asiento, á modo de capitel, á una especie de cojín, también estriado y de forma lenticular, que aparenta ceder y contraerse bajo el peso del robusto arquivado que soporta, á su vez, la ciclópea unidad de la techumbre. De estas columnas hay unas cuantas—ocho ó diez—que han sido rotas hacia su parte central, ya por efecto de los años ó ya por el salvajismo de las gentes; pero como quiera que la construcción total es sólo de una pieza, un verdadero monolito, sucede y causa gran asombro que los restos de tales columnas—capiteles ó capiteles con parte de la caña—permanecen unidos y como colgados de los techos que debieran sostener, ofreciendo á los ojos absortos del espectador la extraña apariencia de pétreas estalactitas de

tamaño extraordinario, en el sombrío interior de húmedas cavernas.

En el muro frontero á la entrada principal, ó sea en el orientado al mediodía, se abre la que bien pudiéramos apellidar gran *Capilla*, de forma cúbica y casi cuatro metros de arista, á cuyos lados unas grandes estatuas de imponente aspecto y significativos atributos, parece como que asumen el importante papel de genios custodios de la falsa divinidad, groseramente personificada en un gigantesco busto tricépito, sobre cuya exacta significación no hay identidad de pareceres, por más que las sutiles discrepancias formuladas, no asuman, ni mucho menos, importancia capital, pues que ya sea la *Trimurti* brahmína, según pretenden unos, ó ya el *Siva* original, según quieren los más, es lo cierto que todos coinciden en reconocer en la cara central, dulce, indulgente y apacible del enorme busto, á *Siva*, en su calidad ó carácter de Brahma, ornado con soberbio bonete y opulentas joyas, y acariciando con la mano izquierda—única que conserva—un objeto que éstos reputan lima emblemática, y aquéllos pátera religiosa como signo característico del espíritu *Creador*. El personaje de la derecha, sereno, gentil y hasta risueño, representa á *Siva* en su carácter de *Vischnú* ó espíritu *Conservador*; está coronado por una gran mitra profusamente adornada de símbolos y joyas, y ostenta en una mano la sagrada flor del loto, y, finalmente, el tercer personaje—el de la izquierda—representación del mismo *Siva* en su carácter genuino, que algunos llaman *Rudra* ó el genio *Destructor*, afecta un semblante duro, rígido y tal vez colérico, presentando en la mitad de la frente y cerca de la nariz una especie de tumor de forma oval, que recuerda el tercer ojo, por el que el dios terrible lanza el fuego cruel, destinado en el designio eterno á producir la llama destructora del universo mundo, cuna y mansión, á un tiempo, de la sentenciada Humanidad.

Por último, y prescindiendo, para no cansar,

de otras mil curiosidades cuya descripción no cabe en los estrechos límites de este modesto escrito, es indispensable mencionar el típico recinto existente en la zona occidental de la caverna y que constituye la parte más venerada del vetusto templo.

Es cuadrada y tiene cuatro puertas exactamente orientadas á los puntos cardinales, las cuales parece como que están defendidas por unas enormes estatuas, coronadas de mitras caprichosas y ricamente adornadas con brazaltes y collares, bandas y atributos. En su interior y en el centro preciso de la cámara sagrada, se alza el emblemático *Lingam*, larga piedra de figura casi cónica, con la cual se ha pretendido representar, haciéndolo objeto de la especial veneración de los hombres, aquel misterioso poder prolífico de la Naturaleza, que se reputó laboratorio de vida y manantial de luz intelectual en la primitiva religión de Brahma.

Y... aquí termino.

Como indiqué al principio, ni los infantiles apuntes que conservo y que es posible contengan cien errores, ni las confusas imágenes grabadas en la mente, y que es probable no brillen por lo exactas, dan margen á más; pero la admiración que aquel día percibí fué tan honda y tan intensa, tan austera la emoción y el pasmo tanto, que hoy, como entonces, más me parece la ficción de un sueño, aquella cueva sin igual, que la atrevida realización de un pensamiento humano, suficiente á trocar en artístico tesoro el duro seno de un peñón salvaje.

Ello tal vez explique esta que es posible parezca extemporánea resurrección de viejísimos recuerdos, ya que es por todos sentido y, en efecto, disculpable, el afán de compartir con alguien el íntimo estupor causado en nuestro espíritu por la seria contemplación de estupendas maravillas, de inventos peregrinos ó de empresas temerarias.

MANUEL DE SARALEGUI
(de la Real Academia Española)

CON EL PIE EN EL ESTRIBO



Mi amigo es un hombre que se ha dedicado al *sport* de la mujer. Ni Don Juan ni Werther, los dos tipos en que se ha convenido en simbolizar al tirano y al esclavo del amor. Ni el famoso bicornio ni un soñador petrarquesco. De todo un poco. Y le ha ocurrido muchas veces lo que á esos médicos que un día se contagian de los enfermos que tienen en estudio. Así las confidencias suyas valen mucho en calidad de documentos á un tiempo humanos y divinos, como los semidioses.

La otra tarde nos encontrábamos los dos en su *garçonniere*, fumando los cigarros de sobremesa, entre sorbo y sorbo de *cointreau*. Era en el quiosco persa que ha aderezado mi camarada en su vivienda, un cuarto con amplias ventanas que arrancan del suelo, y en el que se tertulia recostándose en montañuelas de almohadones. La postura, los tapices y el bienestar que produce una yanta sabrosa y delicada, inspiran diálogos tranquilos y serenos. Si en tal intimidad mi *confrère* se lanza á relatar una anécdota, es para elevarla á ejemplo, y sobre todo, para deducir consecuencias.

Como dije, nos hallábamos entregados á las voluptuosidades del silencio, la quietud, el tabaco y el alcohol. De repente, comenzó á sonar en el aire un rumor trémulo y de aletazos, característico de los automóviles que se disponen á partir. Temblaban también las paredes de la habitación. Descorrí yo una cortina y pude ver un soberbio coche en el arroyo, y en seguida aparecieron unas muchachas aristocráticas que llevaban mantilla y pañuelo de Manila. Surgió no sé de dónde un *botones*, y entregó una carta á una de las damiselas. La lectora rasgó nerviosamente el sobre, ni en el pecho, ni en un guante... Y aquí de la sonrisa de mi

se puso colorada, arrugó el papel, acabó por no decidirse á guardarlo ni en el bolso, ni en el pecho, ni en un guante... Y aquí de la sonrisa de mi amigo. Y de sus comentarios. Dijo:

—Sin duda, mi encantadora vecinita va á los toros contra la voluntad de su novio... Esta mañana habrá habido palique agresivo... Ahora sale el galán con protestas y súplicas...

—Pierde la partida...

—Naturalmente... Ella está como embriagada por el cielo azul por el perfume de las acacias en flor, por la perspectiva de una tarde triunfal, por el espejo, por su disfraz, hasta por las tufaradas de la gasolina... Y él cayó en otra embriaguez... La misma, pero con un sentido contrario... Para el galán suena á tragedia la charanga y la luz y los colorines de la fiesta brillan á sus ojos como armas que se esgrimen dramáticamente... Sucede que la dama se ha olvidado de todo, en la congestión de sensualidad y de optimismo frenético, y, en cambio, el enamorado se acuerda de las más pequeñas delicias de su idilio, creyendo que va á perder tanta felicidad... El pobretico ha ido á un café, y en un arranque de tristeza, le escribe á su ídolo con ruegos, con súplicas... ¡Bah, pierde el tiempo!

En efecto, las majas nobles subieron al *auto*, en la compañía de unos donceles, y desapareció el movible catafalco entre bocinazos y humareda.

—Recuerdo—añadió mi amigo—que en una ocasión sorprendí á una mujer que yo quería vistiéndose de amazona... Iba á cabalgar escoltada por un *monsieur* cualquiera... Me retiré y la envié unas letras... Nada... Yo mismo vi la pareja en la Castellana... Estuvimos regañados, pero, al fin, hicimos las paces... En la calurosa y apasionada intimidad del arreglo, me confesó mi adorada que la tarde, digamos hípica, sufrió más que yo, porque no me impuse, porque no ordené tiránica, despóticamente, que renunciara á su proyecto, en lugar de pedirle la gracia de una compasiva limosna...

LA ESFERA
MONUMENTOS EXTRANJEROS



TORRES DE LA ANTIGUA CATEDRAL DE MUNICH

DIBUJO DE BRUNET

LOS CIPRESES Y LOS OLIVOS DE LORD BYRON

Fue esta isla de San Lázaro encierro de leprosos; más tarde refugio de las exaltaciones é inquietudes de lord Byron. Cuando la góndola, saliendo de los canales de Venecia, ha ido acercándose al muellecillo del monasterio armenio que ocupa la isla, hemos sentido despertar en nuestra alma la adoración febril que profesó nuestra mocedad al poeta inglés. Precisamente este período de su vida en el aislamiento monacal, lleno de ensueños orientales, estaba para nosotros trazado entre dos páginas españolas; entre el *Cádiz* de Galdós y el poema de Núñez de Arce, en cuyo verso final arroja lord Byron la lira estéril, para empuñar la espada vengadora que ha de acudir en defensa de la liberación de los helenos.

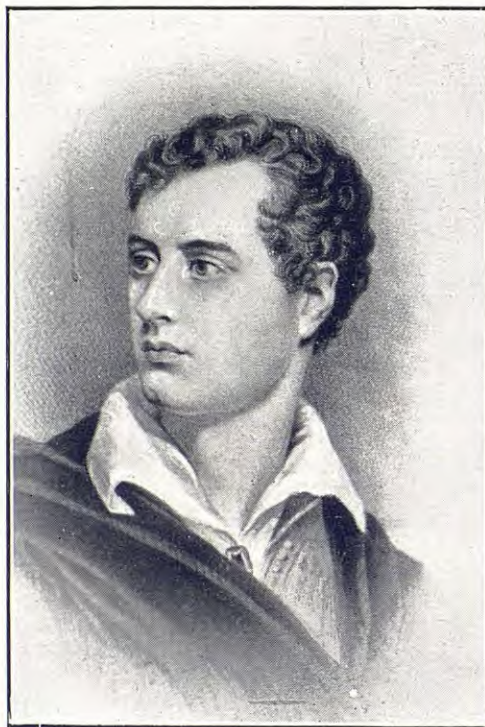
Hemos saltado á tierra y se ha abierto ante nosotros la puerta del monasterio, dando paso á un ancho claustro, lleno de luz, limpio y perfumado, como la galería de un patio andaluz. En el centro un jardín, donde los rosales se cubren de espléndidas manchas rojas, gualdas y blancas y donde las dedaleras, con sus campánulas carmeses, escalan las columnas, bordean los capiteles y festonean las cornisas. Nuestro guía, señalando al centro del jardín nos dice:

—Esos cuatro cipreses fueron plantados por lord Byron.

Y desde entonces cuantos esfuerzos hace el guía para obligarnos á admirar las obras de arte, los recuerdos históricos, las curiosidades banales que atesora el Monasterio son estériles. Para nosotros la memoria del poeta lo llena todo y lo ilumina todo. Le imaginamos cuando llega cansado y dolorido á la paz de este claustro, llevando en su espíritu alborotado todas las las conmociones del Occidente, donde acaba de hundirse el titánico esfuerzo de Napoleón; encuentra aquí unos hombres á quienes ha domado la fe y á quienes la esperanza de una justicia mayor y de un mundo mejor, ha iluminado el alma con los resplandores de la resignación. Todo el espíritu de Armenia, la sojuzgada, la tiranizada por los musulmanes se ha refugiado en este convento. Es el espíritu del Oriente; del Oriente que conoció á Cristo y siguió sus pasos por los caminos de Judea. A la invasión de la barbarie turca, estos frailes respondieron huyendo al paraíso de Venecia, y acumulando allí cuantos elementos de cultura oriental pudieron recoger. La juventud armenia tiene allí escuelas donde aprender y una imprenta donde hacen casi todos los libros que se publican en idiomas orientales. Con todo este mundo dolorido y resignado convivió el poeta. Así nos le imaginamos



Vista del Monasterio de San Lázaro



LORD BYRON

sintiéndose poseído de aquel espíritu de renunciación en este claustro luminoso, señalando el sitio en que habían de alzarse los cipreses procedentes de Persia como un símbolo del alma oriental, ensimismada en los problemas de lo eterno y lo infinito.

En vano el guía nos habla de otros recuerdos.

Aquí está el manuscrito original de un poema del rey de Baviera Luis I, del rey poeta y amador que supo hacer de la realeza una bohemia y del destronamiento un gesto de artista.

Aquí los donativos con que enriquecen la Biblioteca Napoleón III, Alejandro II y la reina Josefina de Suecia.

Aquí la más estupenda momia que conservan los siglos; sabemos el nombre que llevó en su remota vida.

Un egiptólogo famoso, Ungarelli, interpretando los geroglíficos que con sus vivos colores parecen acabados de pintar en el ataúd en que yace la momia, nos dice que se llamó Namsinmen y vivió hace tres mil quinientos años. Otro egiptólogo, no menos acreditado, el francés Chabas, nos dice, interpretando los mismos geroglíficos, que se llamó Nemenkhet Amén y vivió hace dos mil doscientos años... Una pequeña diferencia... La única verdad es que la momia nos enseña en su boca entreabierta cuatro dientes de singular esmalte, indicio de una vida cortada en plena mocedad para ser entregada luego á la burla de los siglos en las irreverencias y profanaciones de un museo.

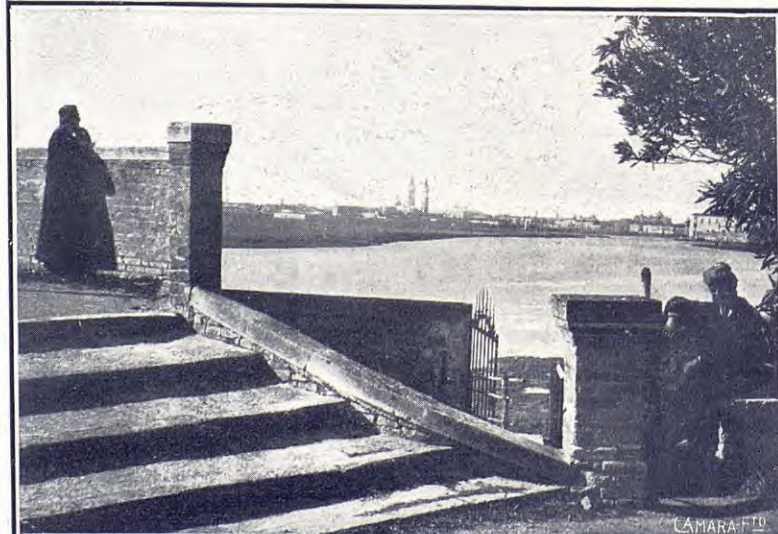
No menor sorpresa nos produce esta hoja de papiro donde está escrito un ritual budista. Protegida por un marco de oro parece rodeada de un halo de misterio, como una leyenda de la remota India, y el facsímil del Código Sinaitico; el ritual armenio escrito en pergamino en el siglo VIII; la Biblia de Melqué, reina de Armenia, escrita el año 902; los diversos códices armenios; todo el asombroso desfile de pergaminos arrugados y amarilleados por el tiempo no nos produce la admiración que esta mesa, amplia y sencilla, donde están colocados los tres tomos que forman el catálogo de los viejos manuscritos que posee el Monasterio.

—En esta mesa—nos dice el guía—escribía lord Byron.

¿Qué escribía lord Byron? ¿Las estrofas apasionadas y refulgentes que enloquecían á todos los líricos de Europa? No. Lord Byron aprendía armenio con los monjes y los jóvenes escolares. Descifraba estos manuscritos y tuvo una de las mayores alegrías de su vida, el día que terminó la traducción de la tercera Epístola de



Claustro del Monasterio



La terraza del Monasterio



Patio del Monasterio



Nave central de la iglesia

los Corintios á San Pablo y la respuesta apócrifa que se encuentra en el viejo original de la Biblia armenia. Están aquí el tintero y las plumas que usó el poeta y en una plegadera suya leemos una intraducible inscripción.

Al fin, henos en su celda. Un ángulo de estanterías que guardan los viejos códices; una tarima que fué su cama y un balcón sobre el jardín exterior del Monasterio y sobre la Laguna. Enfrente Venecia polícroma, con las torres de sus palacios y los cimborrios de sus iglesias. A un lado del balcón está el trozo de campo donde lord Byron plantó unos olivos; al otro la terraza del Monasterio, de la que también hubiera podido decir Castelar que era el balcón por donde Europa se asomaba á contemplar el Adriático y el Mediterráneo.

La tradición de un siglo que conservan los monjes, nos cuenta que en ambos lugares se ensimismaba lord Byron gozando la belleza de las indescriptibles puestas de sol. Un pintor, bastante notable, que residió en Venecia, llamado

Nerly, ganó fama recogiendo esta tradición en un cuadro que se hizo muy popular en toda Europa á mediados del siglo pasado y que se ha reproducido en numerosos grabados y oleografías.

Hizo revivir el pintor la escena de cada tarde en aquella terraza. Lord Byron, acompañado de su maestro de armenio y de otros monjes departen animadamente. El sol, ocultándose en el horizonte lo tiñe de carmesí y violeta. En frente, Venecia difuma sus contornos en una suave niebla. Una góndola cruza las quietas aguas del lago. En la gravedad y preocupación de las figuras; en el admirativo respeto con que los religiosos rodean al poeta, en la inmovilidad de las aguas y en la transparencia del cielo y en la adormecida visión de la ciudad lacustre, hay una resurrección feliz é inspirada de aquellos momentos que vivió lord Byron, adormecidas las inquietudes de su vida turbulenta y acalladas las exaltaciones de su espíritu apasionado.

Las generaciones nuevas van olvidando demasiado rápidamente á los escritores que adoró el siglo XIX, y que ennoblecieron todas sus luchas, encubriéndolas con un generoso manto de espiritualidad y de idealidades, de romanticismo y de bohemia, de imprevisión y de altruismo. Goethe, lord Byron, Víctor Hugo, Espronceda, van teniendo ya tan pocos lectores como Lamartine ó Leopardi... Surje una nueva conciencia humana que no entiende á los viejos poetas ni se deja estremecer por ellos. Así, llegará un día, si no ha llegado ya, en que algún enriquecido turista, doctorado acaso en alguna famosa universidad no sepa, cuando visite el Monasterio armenio de la isla de San Lázaro, quien fué aquel lord Byron que plantó los cipreses y los olivos que simbolizan el ensimismamiento de Oriente y la fecundidad de las tierras occidentales, antítesis que ha costado y costará á la Humanidad tanta sangre!...

MÍNIMO ESPAÑOL



Los olivos de Lord Byron



El despacho de Lord Byron

EL HAMBRE

Cuando Mityl y Tityl, los dos infantiles héroes de «El Pájaro Azul», llegan al palacio de la noche y guiados por los consejos de la luz quieren abrir las misteriosas puertas, se encuentran con que el hambre ha vencido todos los terrores, los fantasmas, las enfermedades, las miserias; sólo en uno de los cuartos viven fuertes, pujantes, terribles, las guerras y con ellas la promesa de la resurrección de los viejos males.

No sé por qué no puedo hablar del hambre sin que en ese oscuro recinto en que se reflejan nuestros pensamientos, surjan extrañas imágenes que cristalizan en las exotéricas escenas de los dramas de Maeterlinck. ¿Qué raro nexo se establece entre el martirio horrendo que el Dante simbolizara en las mordeduras de las tres cabezas del Cervo enfurecido y el palacio de la Noche ó la torre de Tintagiles?

El hambre es un martirio intelectual. No se crea que esto es una cruel ironía pensando en los maestros y en los poetas, no.

Es un martirio intelectual porque, como todos los dolores físicos, para que alcance su máxima intensidad trágica es necesario que nos demos cuenta de ella, que con un masochismo moral saboreemos, por así decirlo, la angustia de la situación; es necesario que, y en eso

estriba precisamente el horror, con antelación al momento álgido en que tenemos hambre, pasemos por todas las fases de angustia, de anhelo, de lucha en que vemos llegar el momento terrible.

El hambre inconscientemente sufrida (como todos los dolores y todos los placeres al fin y al cabo) pierde su intensidad trágica, entre otras razones, porque ó no puede sobrellevarse y degenerando en inanición hace que se apodere del organismo una debilidad que infiltra en sus venas la indiferencia por todo, ó se engaña su saña y el estómago acaba por acostumbrarse. Pero el hambre consciente, *saboreada*—paradoja—, desmenuzada en un feroz análisis interior, el hambre que avanza á pesar de nuestros esfuerzos por conjurarla, que como un fantasma horrible se acerca siempre, se agranda, nos envuelve, hace inútiles nuestros esfuerzos; esa es la tragedia más espantable entre las espantables tragedias de la vida humana.

Antes de que los pálidos ginetes que anunció San Juan galopasen sobre la tierra convirtiendo en erial lo que era portentoso Edén: los males espantables, las plagas horripilantes que azotaron en remotos tiempos á la humanidad haciendo á los hombres huir como enloquecidos rebaños al través del desierto, estaban vencidos. El hambre, el fuego, la peste..., hasta el mismo cólera, la más tenaz de todos ellos, estaba dominado. Y el mundo entero era como una tierra de promisión. Tal vez en un rincón de China quedaban hordas de bárbaros que incubaban su odio; quizás en los bosques de la India había bestias feroces, ofidios ponzoñosos, emanaciones mortíferas; pero todo ello rendía su tributo á la civilización vencedora. Y de improviso, como en la vieja leyenda de la Torre de Babel, los humanos desafiaron á Dios. No quisieron escalar el cielo; limitáronse á hacer de él un espacio infinito poblado de misteriosos mundos que algún día les sería dable dominar. Limitáronse á ser los señores de la Tierra, á hundirse bajo las aguas y á surcar los aires. Dedicáronse con ahínco á desterrar el Dolor y á entronizar el Goce. Pero sonó la trompeta y, como de una nueva Jericó, las murallas que defendían la ciudad del placer se desplomaron y en la noche oscura sopló un viento de huracán. La cabalgata apocalíptica que nos parecía una grotesca mascarada tuvo su razón de ser, y á la luz lívida de los relámpagos hemos visto pasar fantasmagóricos los caballos trágicos.

¡Ah, qué mísera y qué deleznable es nuestra obra! Otra vez, los Reyes y los Emperadores son como una nube de hierro y fuego, y los ejércitos se destrozan y las madres lloran sobre el cadáver de sus hijos.

Y como la historia del mundo se repite, un día entre las ruinas desiertas de una urbe fabulosa, veremos una pobre mujer demacrada, pálida como un cirio, que tenderá su mano pidiendo con angustiada voz una limosna «¡Por el amor de Dios!»

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT



LA ESFERA

ARTE CLÁSICO ITALIANO



"RETRATO DE JUANA ALLIZZI TORNABUONI", POR GHIRLANDAJO, QUE SE CONSERVA EN LA IGLESIA DE SANTA MARÍA LA NIEVA, DE FLORENCIA

ARTISTAS ESPAÑOLES

LUIS HUIDOBRO

CERCA de sesenta obras, entre cuadros de composición, retratos, paisajes y dibujos de tipos y costumbres madrileños, ha reunido Luis Huidobro en una reciente exposición del Ateneo.

Surgía de este conjunto, positivamente notable, la personalidad del ilustre pintor con sus características técnicas e ideológicas bien definidas.

Realismo sano, fuerte, viril, sin abdicaciones ni concesiones a la fantasía; acendrado amor a la tierra en que ha nacido; permanencia arraigada en las coloraciones sobrias, pero calientes, de la tradicional paleta española; vigoroso temperamento—literario diríamos en el sentido de observador y elector de tipos y aspectos representativos—de pintor que se afianza en el estudio del natural para producir el arte.

Estas son las características pictóricas de Luis Huidobro. Altamente laudables todas ellas, porque si bien nos parece indispensable en arte la fecundidad imaginativa y nos indigna la pobreza de fantasía, no hasta el punto de que un pintor haga aquí en Madrid, con madrileños modelos, escenas de Oriente, ó viviendo en plena vigésima centuria pretenda caer en aquellos absurdos abismos donde se precipitó la pintura que llamaban de historia.

Porque el deber de todo artista y de todo escritor es reflejar en sus obras la expresión de aquello que en torno suyo se agita y vive. Y si limita su campo de acción, si concreta su visión, mejor todavía.

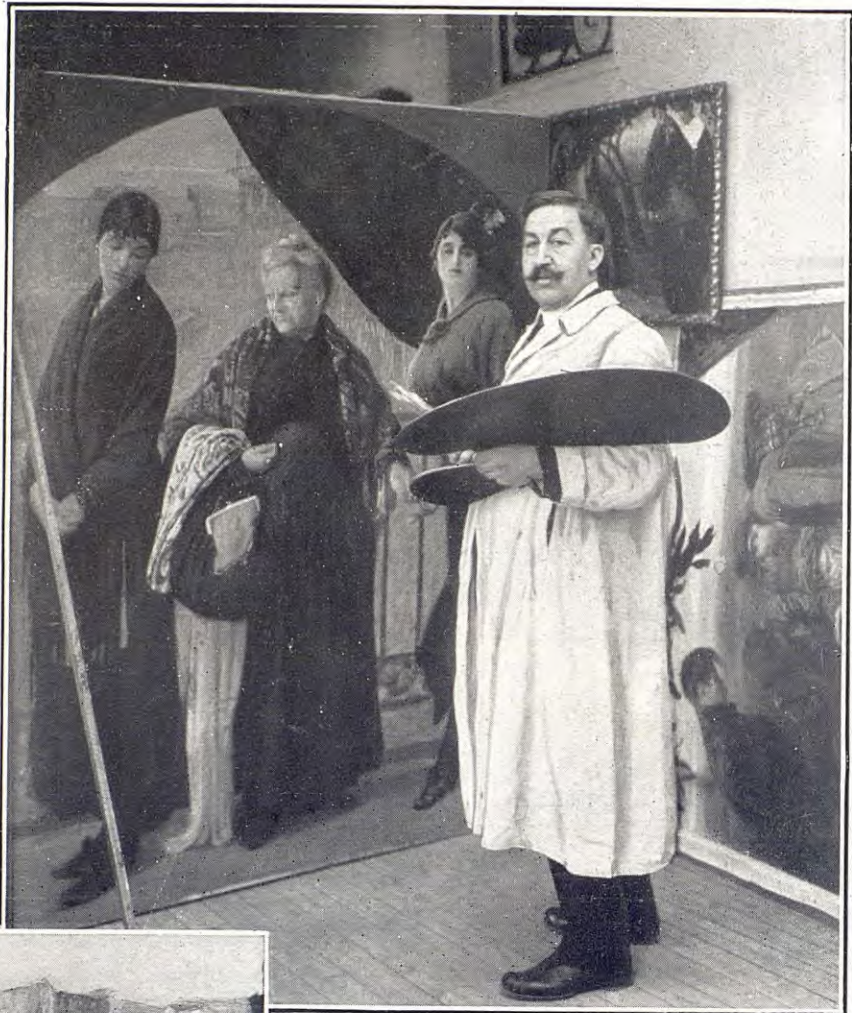
Camille Maclair, hablando de Eugenio Carrière en sus *Ideas Vivantes*, dice a este propósito: «En una época en que el desencadenamiento de las inteligencias les inspira el gusto de los conocimientos múltiples, diversos, constantemente renovados y aumentados, se aplicó a limitar la suya, a restringir sus curiosidades. En un momento en que el problema de la omniscencia parece impuesto a las preocupaciones de todo creador, prefirió el de la concentración moral justamente persuadido de que se descubren mucho mejor las leyes generales de la vida profundizando dos ó tres aspectos que haciendo de todos una revista apresurada.»

He aquí el credo estético de Luis Huidobro. Ve pocos espectáculos, pero los ve de un modo vertical, agudo y profundo.

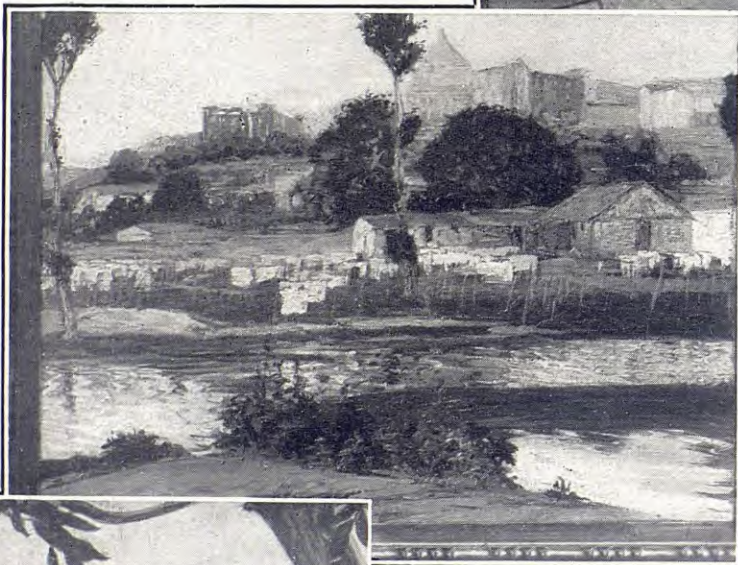
Por esto sus cuadros tienen esa expresiva energía, esa envolvente sugestión de vida y de verdad y nos ponen ante los ojos figuras y momentos palpitantes de nuestra época y, sobre todo, de nuestro Madrid. Madrid, que tiene paisajes admirabilísimos, llenos de emoción sugeridora y de externo encanto decorativo, tiene tipos inconfundibles con los de otro pueblo, y tiene costumbres ricas en colorido, en seductora gracia, en acendrado españolismo.

Y, sin embargo, se ha negado muchas veces, y con diversos motivos, lo que pudiéramos llamar madrileñismo pictórico, aun ahora que empieza abusarse en demasía del madrileñismo literario.

No es necesario invocar la sombra augusta de Goya; bastará citar los nombres de Manuel



El notable pintor Luis Huidobro en su estudio



"Orillas del Manzanares", cuadro de Luis Huidobro



"El cané", cuadro de Luis Huidobro

de la Cruz, autor de la famosa *Feria de Madrid* que se conserva en el Museo del Prado; de Paret y Alcázar, de José Ribelles, de Ranz, de Asensio, Gutiérrez de la Vega, Bécquer, Villa-Amil, Cerdá, Camarón y, sobre todo, los de Alenza, Lucas y Ortega.

Encontraríamos en ellos los antecedentes admirables de este madrileño de hoy que pinta los rincones olvidados y característicos del viejo Madrid, las riberas del Manzanares, las umbrías plateadas de El Pardo, las fiestas populares, las mañanas soleadas del Rastro, las casas decrepitas con sus enormes corrales que hierven en gritos, disputas, canciones y donaires; las chulas de airoso mantón, primoroso zapato de charol y cabeza goyesca donde chispean más los ojos que las diversas peinetas acribilladas de pedrería; los mozos postineros, de las facies pálidas y los tímicos marchosos; los viejos castizos que todavía gritan «viva la niña» y se emborrachan los sábados y empuñan el colchón los domingos para poder llamar burro al presidente de la plaza de toros...

ooo

En esta Exposición, por tantos conceptos interesantísima, que Huidobro ha celebrado en el Ateneo, hallo la grata sorpresa de que el paisajista supera en importancia al retratista.

Y digo retratista, porque, fiel a su credo de realismo y de respeto al natural, todos los tipos de sus cuadros de figura, como de sus dibujos al lápiz, son retratos. Volvemos a ver los lienzos *El cané* y *Los pendientes de coral*, conocido este último de nuestros lectores (1), tan notables; celebramos el boceto *En la pradera*, *La pobre Gheissa*, *Goyesca*, *Paquita*, *La Felisa* y *Retrato de mi hija*, entre los cuadros, y *Paco el ebanista*, *La Carmen*, *Julita*, *El Alberola*, *Pepa la feia*, *La Antonia*, etcétera, entre los dibujos. Pero es en los paisajes donde se encuentra todo el espíritu del pintor en una feliz alianza de claridad psicológica con la técnica experta.

Tienen unos de estos paisajes esa pompa señorial y al mismo tiempo la popular gracia de los cartones para tapices; causan otros el deleite de proyectos para mayólicas ó esmaltados. Y, no obstante, son realistas; honradamente, sinceramente realistas, sin que el positivo valor decorativo de su cromatismo, disminuya el otro valor profundo é íntimo de la verdad expuesta con diáfana sencillez.

En este sentido eran modelos acabados las *Viejas casas del Rastro*, *Mañana de domingo en el Rastro*, *Orillas del Manzanares*, *Plaza de la Paja*, *Chopera del Sotillo*, *Las norias del Atanor*, y los titulados *Huerta de los Frailes*, *Cielo de primavera* y *El pueblo*, que formaban parte de la pequeña serie de paisajes de Albalate del Arzobispo, pintoresco pueblecillo de la provincia de Teruel.

SILVIO LAGO

(1) Véase el número 132 de LA ESFERA.

LA ESFERA

ARTE MODERNO



UN RINCÓN DEL VIEJO MADRID, cuadro de Luis Huidobro

RETABILLO ESPAÑOL

DON PABLO DE OLAVIDE

El 29 de Octubre de 1746, yendo por filo la media noche, resquebrajose toda la ciudad de Lima, como si fuese un cascarón de nuez, y en un instante quedó trastrocada en lugar de miseria y duelo.

El estruendo de las casas al desplomarse, los gritos de angustia que lanzaban las víctimas y los lamentos de los que, más afortunados, podían huir á la muerte, formaban un conjunto tan trágico que la pluma no acierta á hacer descripción de él.

Solamente, entre tanta desolación, veíase un alma recia y entera que acudía á los lugares de mayor peligro: era el oidor de la ciudad, D. Pablo Antonio José de Olavide.

A su presencia de ánimo debieron la vida muchos de los que ya consideraban que era sonada su última hora. Por el celo y valor demostrado aquella noche nombróle el Virrey director de las excavaciones y depositario de cuantas riquezas aparecieron entre los escombros.

El joven oidor devolvía escrupulosamente cuanto se le reclamaba: así como érale probada la pertenencia; mas parece que hubo de quedar un sobrante considerable perteneciente á las familias que hallaron su muerte entre los escombros. Y Olavide, usando de las atribuciones que fuéronle conferidas, dispuso de ellas, invirtiéndole en un teatro y una iglesia (salud para el alma y esparcimiento para la vida).

Parecíoles mal la determinación á sus paisanos y alzáronse en querrela hasta el trono del señor rey don Fernando VI, que llamó á su presencia al acusado. Apenas puso el pie en la corte de las Españas fué prendido con todo rigor y puesto preso en su misma posada.

Grande pesadumbre hubo de producirle el mal recaudo, lo que, unido á la falta de ejercicio, llamole una irritación de humores que le laceró entrambas piernas en manera cruel.

Pidió (por orden de los médicos) salir al campo para atender á su salud con la pureza de aires y fuele concedido aposentarse en la cercana villa de Leganés. Parece que no sólo halló en ella el sosiego de la sangre, sino la ventura del corazón y el prólogo de su fortuna y encumbramiento.

Vivía en el dicho pueblo Doña Isabel de los Ríos, viuda de dos opulentos capitalistas. Para distraer el ocio de su desventura visitábala don Pablo cada día, y comenzando por entrársele en la casa, finó por hacerse dueño de aquel corazón, que ya por dos veces había sentido las alas de Cupido.

No es mucho que fuera desta suerte, por los veintidós años y mucha gentileza de Olavide; á ésto y á más obligaban á una dama libre y de buen aquel.

Dice un famoso drama español:

Con oro nada hay que falle,

y es grande y manifiesta verdad, pues que merced á su nueva y opulenta posición pudo cortar el Sr. D. Pablo sus persecuciones y empezar á gustar los deleites y venturas del vivir.

Diz que vivía como un príncipe, haciendo de su casa envidia y predilección de las más ilustres de la corte. Hombre de gustos distinguidos y ultramodernos, vivía á la moda de Francia, y él fué quien primeramente dió en Madrid un reflejo del gusto extranjero. En su biblioteca destacaban sobre todos sus libros los de aquellos escritores en cuyos cerebros comenzaba á germinar la idea de la revolución. Diz que fué íntimo de Voltaire, con el que sostuvo muy notable correspondencia.

En la regia mansión de Olavide comen-



D. PABLO OLAVIDE

zó á tomársele el gusto á la ópera italiana, y alguna que otra á él debieron los honores de la traducción.

El trato frecuente con los ministros y el cargo de *Personero del Perú*, que le dió su patria para desagrarle, le obligó á intervenir en nuestros negocios públicos y tomó parte activa en algunos tan famosos como el molin contra Esquilache y la expulsión de los jesuitas.

Conocía el buen rey D. Carlos III los talentos de este hombre y dióle la dirección de las colonias de Sierra Morena, acerca de las que había instado mucho Olavide y presentado una documentada memoria, que sirvió luego para reglamento y policía de ellas.

Este momento fué el más culminante de su vida; en él estuvieron unidos de la mano los días más felices y más amargos de su existencia.

Colonos alemanes comenzaban á habitar aquellos páramos desiertos, pretendiendo sumarlos á la población española. Acaso sin la inteligencia y buenas dotes de Olavide nada se hubiese logrado; pero el buen gobierno y asiduidad de don Pablo lo hizo todo...

Mas la envidia y la discordia se metieron de por medio y allá se marchitaron como flores maltratadas los cuidados del fundador verdadero.

Fué acusado de hereje á la Inquisición por el P. Joaquín de Eleja, confesor del Rey; algunos autores dicen que por Fray Romualdo de Friburgo, prefecto de los capuchinos suizos que fueron traídos para dar el alimento espiritual á los colonos extranjeros. Ya parece que Olavide recelaba esta desdicha y fué su primer cuidado enviar sus bienes á Francia.

Prendiéronle en Sevilla el año 1776 y fué conducido á la corte. Duró el proceso cerca de dos años. Entre las muchas acusaciones que se le hacían contra la fe, figuraban la de haber defendido el sistema de Copérnico y prohibir doblasen á muerto porque no se abatiese el ánimo de los habitantes, que diariamente diezaba la peste. Señalose para ver la causa el 24 de Noviembre de 1778, y el inquisidor general D. Felipe Beltrán, en atención á la alta gerarquía del acusado, consintió en que el auto fuera secreto, no asistiendo más de 60 personas de la grandeza que fueron invitadas por el inquisidor decano.

Presentose D. Pablo en el auto con vela verde apagada, sin *sambenito*, y se le permitió sentarse durante la lectura del proceso, que duró cuatro horas. Quedó por *hereje formal*. Así como oyó esta declaración, alzóse Olavide y dijo con voz trémula: «Yo nunca perdí la fe, mas que lo diga el fiscal», y cayó sin sentido.

Fué sentenciado á destierro de Madrid, sitios reales y las colonias de Sierra Morena, por ocho años, obligándole á reclusión en un monasterio sin más libros que el *Símbolo de la Fe*, de Fray Luis de Granada, y *El incrédulo sin excusa*, del Padre Señerí.

Pasados que fueron dos años en cómodo retiro del monasterio, pidió permiso para salir á reponer su salud con los baños de Caldas (Gerona), y aprovechó la licencia para internarse en Francia, donde fué muy bien acogido...

Luego de muchas vicisitudes en tierra extranjera, pidió licencia al rey Carlos IV para volver á España, otorgosela el monarca de buena voluntad, y el patricio insignie pudo fenecer en uno de aquellos pueblecillos que fundara, ya de muy avanzada edad, el año de 1803.

DIEGO SAN JOSÉ

DON QUIJOTE

Desdichado poeta, genial aventurero, con la facha grotesca, de cartón la celada; sin razón, sin camisa, sin gloria, sin dinero, bajo el sol de Castilla, por la encendida estrada...

Lo traicionaron todos: el Cura y el Barbero, la Sobrina y el Ama, y, en la Venta Encantada, dos mozas del partido lo armaron caballero, le calzaron espuelas y ciñeron espada.

Luego que el posadero le dió el espaldarazo, salió á probar el temple de su acero y su brazo, retando á los gigantes á singular pelea.

Tuvo por solo premio la burla y la derrota, y en tanto que el buen Panza se abrazaba á la bota, Don Quijote moría de amor por Dulcinea.

Pedro LUIS DE GÁLVEZ

LA ESFERA

LA MODA ACTUAL



PRECIOSOS MODELOS DE LA CASA "LA VILLA DE PARIS", ATOCHA, 67, MADRID

Publicamos en esta plana un precioso vestido con delantal y medias mangas de muselina de seda, y un sencillo y elegante abrigo de gabardina color «beige», con cuello de seda negra, modelos ambos que constituyen actualmente *le dernier cri de la mode*, y que seguramente han de ser muy del agrado de nuestras lectoras



Creaciones Flores del Campo
Colonias-Extracto-
Polvos de Arroz-
Jabon
Locion-Brillantina
Ron-Quina
"Perfumeria Floralia"